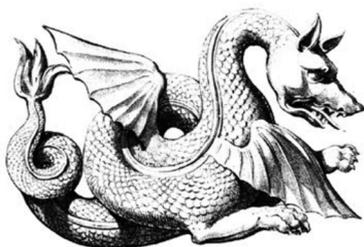


JOSÉ ANTONIO FORTEA

El libro
del fin del mundo

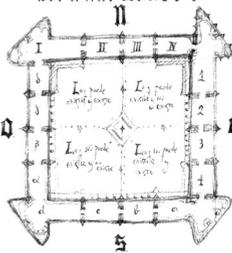


La asombrosa crónica del itinerario
marítimo al Mar Tenebroso
de maese Fadrique de Barbastro

la esfera  de los libros

Índice «arquitectónico»

capítulo I	A cualquier parte que vaya me sigó.	capítulo IX
capítulo II	Tu, hombre puedes huir a don do quieras, pero no fuere de tu conciencia. Entra en tu casa, descansa en tu lecho, penetra en lo interior. Na da más interno puedes hallar adonde huir fuera de tu conciencia, si te remuerden tus pecados.	capítulo X
capítulo III	capítulo IV	capítulo XI
capítulo V	capítulo VI	capítulo XII
capítulo VII	capítulo VIII	capítulo XIII
	capítulo XIV	capítulo XIV
	capítulo XV	capítulo XV
	capítulo XVI	capítulo XVI



Índice escolástico

videtur quod

capítulo I. Donde se explica cómo se me concedió quietud a mis párpados y feliz sueño a mis ojos, en un principio del libro tan feliz que bien valdría la pena que fuese su final	15
capítulo II. Donde se explica por qué se suscitan dudas en mi corazón, siendo como es el mundo perfecto	36
capítulo III. Donde se explica cómo siendo el mundo tan armonioso podría serlo más, pues la base de la armonía es que cada esposa obedezca a su marido	50
capítulo IV. Donde se explica cómo el hijo pródigo tuvo hambre de conocimiento y salió de la casa paterna	60
capítulo V. Donde se explica que hay mares menores y mayores, y cómo ahora tocaba recorrer un mar menor	70
capítulo VI. Donde se explica cómo para recorrer el océano a veces hay que andar por tierra	82

sed contra

capítulo VII. Donde se explica cómo se comienza a trazar un desplazamiento en línea recta	93
capítulo VIII. Donde se explica que no siempre las cosas son como parecen	277
capítulo IX. Donde se explica algo tan sencillo como es el desplazamiento en línea recta en dirección inversa	303
capítulo X. Donde se explica cómo la pesadez de una nao y la sutilidad del viento están relacionados	330
capítulo XI. Donde se explica que, en ocasiones, para seguir adelante en línea recta hay que comer el pan de la tristeza y el agua de la tribulación	348
capítulo XII. Donde se ve lo que no se ve	362
capítulo XIII. Donde se ve que en la maquinaria del entendimiento humano se hallan engranajes minúsculos que se rompen o se desgastan o se aflojan	423
capítulo XIV. Donde queda patente la fuerza del ingenio humano y nos acordamos de la soberbia babilónica	445
 respondeo	
capítulo XV. Donde las preguntas alcanzan sus respuestas o alcanzan (al menos) algunas de sus respuestas o parte de sus respuestas	467
capítulo XVI. Donde maese Fadrique, bibliotecario de la biblioteca de la Universidad de París, cuenta la conclusión de su vida, y se pone fin a esta obra	506

en el año de gracia de Nuestro Señor Jesucristo de 1327 fueron escritas estas letras en estas líneas. En el mismo triste año en que el incrédulo, malvado, cruel, inicuo, intemperante, lascivo, fornicario, ebrio, falaz, infame, perverso, disoluto, vil, embaucador, vicioso, envidioso y ambicioso emperador Ludovico entró en Italia con el afán de coronarse laicamente y de hacer otras muchas cosas tan plenas de perfidia como luengas de ser contadas. En el mismo año en que no sabemos a ciencia cierta quién sea el rey y señor del reyno de Francia, pero en que sí que conocemos que es nuestro bueno y santo padre Juan XXII el que gobierna el timón de la nave de san Pedro. Año, también, en el que una semana después del ayuno del miércoles de ceniza apareció el cometa en el firmamento harto visible durante tres días.*

* Estas líneas fueron escritas por fray Adriano de Cluny, diez años después, aunque manteniendo la fecha original del comienzo del primer manuscrito. Y en algunas de sus partes el texto tuvo como amanuense la mano diligente de su silencioso y fiel secretario, fray Lázaro de Thorms.

capítulo I

Por por bien tengo que acaecimientos tan señalados y por ventura nunca oídos ni vistos vengan a noticia de muchos, y no se entierren en la sepultura del olvido y no se hundan en la nada, pues la nada ha venido a ser mi mayor dolor y el más frecuente objeto de mis pensamientos. Sé que no muchos serán los que ahondaren en la esencia de las cosas narradas.

En fin, mi nombre es Fadrique Ramiro de los Cereros de Barbastro. Mis progenitores, que, entre otras cosas, fabricaban velas —de ahí lo de cereros— me cristianaron con los nombres de Fadrique, por mi abuelo por parte de padre, que en paz descanse; y de Ramiro, por haber sido dado a la luz del mundo en el día del citado santo monje mártir leonés. Nuestra casa hallábase situada dando a la Plaza del Mercado, y nuestro tronco familiar se honraba de pertenecer desde hacía muchas generaciones al gremio de los plateros, aunque también fuéramos fabricantes de velas y cirios.

Mas como no pocas son las vueltas y giros que la vida da a la rueda de la fortuna, acabé estudiando y cultivando las letras en la Universidad de Bolonia. Mi abuelo paterno, el Cerero, y mi abuelo materno, el Chacinero, hicieron unos cuartos. Mi padre los aumentó y eso permitió pagarme a mí, el segundo hijo, mis hospedajes y matrículas en la universidad. A mi hermana la casamos bien; mi hermano mayor, Ramón, se quedó con todo, y a mí me pagaron los estudios. A Ramón, según el

No es lo
mismo
vivir se
vivir
felicemente
S. August.

Derecho aragonés, le correspondía como primogénito la casa y el negocio. Nada tenía yo que objetar contra el justo orden establecido de las cosas. Después estaba mi hermano pequeño. Laurencito hubiera tenido que ser un buen cisterciense, pero un buen día se levantó diciendo que le dolía el bajo vientre, se volvió a acostar y ya no se levantó. Unos piensan que fue el cólico de san Román, otros que el cólico de san Mauricio. Una cosa es segura, ya no se levantó.

Eso permitió que mi padre pudiera gastar en mis estudios la renta que ya tenía separada para cuando Laurencito pudiera salir de casa. Con parte de esa renta, siempre hice decir una misa el día en que dejó aqueste mundo. ¿Por qué Bolonia? Así me lo aconsejó el buen canónigo Recasens, tío mío y casi como un segundo padre. Malas lenguas decían que era más que un segundo padre. Que el diablo los lleve. Mi tío era algo tirando a pelirrojo, y mis cabellos siempre fueron oscuros. Salvo en la infancia, que fueron castaños.

De todas maneras, hasta que no nacieron mis hijos siempre me quedó un cierto runrún por dentro de mí. Pero afortunadamente ninguno de mis vástagos salió de ese color. Lo cual para mí fue satisfacción y tranquilidad. Nunca di cobijo a la menor duda. Pero tampoco por eso dejé de mirar el asunto del pelaje de mi prole. Donosa paradoja, mirar la pelusilla en la cabecita de los engendrados para conocer qué acaeció en tiempos pretéritos con el engendrador mío. Mirar en el futuro para apercibirse del pasado.

El caso es que enderecé mis pasos a Bolonia, donde pasé unos años muy gozosos. Y después de que la vida diera unas cuantas vueltas más, me hallé un año como bibliotecario en una ciudad cuyo nombre es más decoroso no dar cobijo en estas páginas, sencillamente no me quiero acordar de esa ciudad de la Iacetania. Afortunadamente, presto el año pasó con sus estaciones (aunque muy lento en las estaciones de mi corazón) y pude mudarme a París, donde seguí estudiando dos cursos más.

Proseguí mis clases: en parte para que mi padre me siguiera pagando por ello, en parte porque no había acabado mis materias, y en parte porque al final le cogí gusto a esto de las

columnas con renglones de letras. No hay nada como trabajar un tiempo con las manos y el sudor de la espalda en orden a ganarse el sustento para volver con entusiasmo a las aulas. Sobre todo, cuando se labora con las manos se descubre lo fermosas que son las líneas escritas con tinta.

Matricularme implicaba que el dinero volvía a llegarme desde Barbastro puntualmente a través de un comerciante de Palafrugell. Así que senté la cabeza y me dediqué al estudio de las artes liberales con el mismo entusiasmo con que un granjero se dedica a engordar sus cerdos. Y así mis conocimientos también engordaron, como gorrinos rollizos y lustrosos.

Finalmente, decidí instalarme de forma definitiva en esa ciudad bañada por el Sena que, como es conocido de todos, se cuenta como la más populosa de toda la cristiandad. Y me instalé allí, lejos de mis aires natales, porque pude conseguir el cargo de bibliotecario en la universidad do estudiaba. Universidad que como todo el orbe sabe es faro del universo mundo y cuya luz ilustra los más lejanos reynos. Fama esta que alcanza hasta los moros y los turcos. Por lo menos a los más ilustrados de entre aquellos.

Influyó para quedarme en esta ciudad la malquerencia que creó la repartición de la herencia. Mi pobre padre, que en paz descanse, dejó aqueste mundo sin testar. No estaba entre mis propósitos el disputar en lo más mínimo la primogenitura de mi hermano. Pero tampoco estaba en mis expectativas que mi hermano se condujera como una rata de cloaca; o mejor dicho, como la rata pésima de la Cloaca Máxima.

La costumbre aragonesa era que la casa con su taller y todas las cosas del negocio hubieran ido a parar a él, pero se esperaba que de los bienes monetarios me hiciera partícipe según su generosidad. Bien claro me dijo que con lo gastado en mis estudios consideraba que ya estaba más que pagada mi parte de la herencia. Aun así, y en razón de su «humanidad», dejó caer sobre la mesa una bolsa de cuero delante de mis tíos. La bolsa era bien abultada y sonora, pero estaba llena de medios reales. Entre tanto pescado pequeño, solo encontré unos pocos croats de plata y dos florines de oro de los de Pedro III. Pero él

*llamaste y
clamaste
y rompiste
mi poder
brillante y
resplandeciente
y curaste mi
cajetera.
S. Agustín.*

hablaría hasta la generación de los nietos de los croats y los florines que me dio.

Era tan rácano que en esa bolsa hallé hasta varias brunas de vellón negro y hasta dos ternos jaqueses. Allí debió de echar las monedas que no sabía dónde gastar de antiguas y malas que eran. No me extrañaría que echase hasta lo que quedara del viejo arcón de mi abuela.

Esta codicia fraterna y el que buena parte de mis familiares se pusieran de su lado, por quedar bien con el primogénito (que ahora lo tenía todo), hicieron que no me entrara gana alguna de retornar a Barbastro. También influyó y no poco el dejar preñada a cierta parisina con la que no me importó casarme. Después resultó que quizá no era del todo así, pues ella me comunicó que se había perdido el niño en una tarde de atroces dolores y grandes pérdidas de sangre. Pero me lo dijo una vez que se celebraron bien celebrados los esponsales, y a setenta y tres días de la fecha que habíamos fijado para la boda. Dada la prontitud de la pérdida, no me fue posible apreciar el abultamiento de su vientre. Así que todo había que fiarlo a su palabra, tanto la preñez como la pérdida.

Una cosa era segura: la cara de bruto de Arnaldón, mi suegro carnicero. Ante la más leve insinuación de duda de la preñez de su hija me hubiera separado la cabeza del cuello. He visto muchas veces cómo lo hace con los borregos, de un solo tajo. Cuando celebramos los esponsales ante todos los tíos de Adelaida, Arnaldón me dio dos sonoros besos en las mejillas y me dijo que le podía llamar Cocumont, que era como le llamaban todos en la familia. Cualquiera le decía a ese gigante gordo que me lo había pensado mejor. Y menos cuando mi suegro me repetía, una y otra vez, que quería nietos ya. «El Señor solo me ha dado hijas, ¡una gran camada de hijas! Tienes que poner remedio a esto de inmediato. La carnicería, ya sabes». Y me explicaba que celebrados los esponsales con todas las formalidades tampoco importaba tanto el que me contuviera hasta la boda. «Importa y no importa —me explicaba mirándome a los ojos con sus mejillas encendidas—. Pero según el derecho de la ciudad lo que pariere será legítimo». Y varias veces me co-

TV QUI PER
ESSENTIAM
PROPRIE ES
BONVS. HISE
PERE NOBIS.

mentaron a los postres que si quería pasar la noche en la casa. «La carnicería, ya sabes».

Sabía yo muy bien que, aun sin hallar impedimento legítimo, la voluntad de uno de los novios bastaba para romper la promesa de los desposorios, aunque para el banquete de la ceremonia esponsalicia hubieran hecho venir a los tíos de Huisseau-sur-Cosson. No, no me sentí forzado. No sentí que debía mantener la fecha de la boda porque me atara la promesa de las nupcias, lo que sucedía es que mi Adelaida no me desagradaba del todo. Con preñez o sin ella, entendí que sería una buena madre de mis hijos. Incluso lo del engaño no me pareció mal, pues implicaba interés hacia mi persona. Al mismo tiempo que demostraba que mi futura esposa no era tonta del bote. Y yo para mi casa quería una mujer que no fuera un alma cándida fácil de engañar, sino alguien de armas tomar, dotada de una cierta picardía. Así que todas estas circunstancias confluieron para que me estableciera en esta ciudad lluviosa de cielos grises. Aunque mi Barbastro natal, con sus inacabables nieblas, ya me había acostumbrado a aqueste clima desagradable.

El caso es que con trabajo y mujer, ya era muy difícil que pensase yo en ninguna mudanza de lugar. Y menos cuando amaba tanto a mi Adelaida y a mi biblioteca. A ambas mucho, aunque a cada una de un modo diferente. Evidentemente, nunca nada carnal hubo entre la biblioteca y un servidor. Bella era mi futura esposa y bella era esa biblioteca de la universidad parisina, la envidia de los letrados, doctores, prelados y decanos de todo el orbe cristiano. Era una biblioteca a la que ninguna otra podía osar el comparársele por más que casi todos los colegios catedralicios de la cristiandad buena prisa se han dado en copiar y comprar ejemplares con que emular a aqueste faro que brilla en el centro de las tierras que están sujetas a la cruz de Nuestro Redentor. Y es que la emulación es una fuerza poderosa. Poderosa es la pujanza producida por la envidia del conocimiento, y ojalá que la empleemos siempre para el bien y no para las cosas vanas de este mundo.

Mi suegro me tanteó acerca de si quería entrar a trabajar con él, pero casi se alegró de que siguiera en mis cosas. Yo da-

ba prestigio a la familia. Mal un hombre que trabaja con letras pasa a separar huesos con un hacha. Quedó pactado que sería su primer nieto el que, desde el principio, pasaría a ayudarlo. Al segundo nieto, mejor si le buscaba yo un puesto en alguna schola de la universidad. Ya en los esponsales quedó pactado el destino de la siguiente generación y aun de la que seguiría. Pues lo natural había de ser que cada «mochuelo» (bisnieto) siguiera ahondando «en el nido donde rompió el cascarón», por repetir las palabras que usó mi suegro.

Bien contento estará ahora. Cuatro nietos le he dado y una niña que se quedó por el camino. Los considera más suyos que míos. Como abuelo es insuperable. Para él, yo solo soy una torre adosada a su hija.



Mientras yo andaba sumergido en estos pensamientos, iba recolocando los volúmenes que me habían devuelto en el piso de abajo, en la sala de lectura.

«Este va aquí. *¿Por qué Dios se hizo hombre?* de san Anselmo, este es de más arriba. Aquí un cuadernillo deteriorado y mal colocado: una carta de un tal Dionisio de Corinto, obispo, y otros escritos».

Y lo miré ponderando con ojo de encuadernador el nivel de deterioro de su cubierta. Podía esperar. Después, lo dejé donde lo había encontrado. Con cuidado de que las aristas dobladas que iban formando sus partes carcomidas no se engancharan con las irregulares tapas de los libros de al lado y provocaran una rasgadura en el cuero de la dichosa carta episcopal. ¿Dónde lo recolocaría? Bueno, podía esperar.

Recogí la pila de cinco libros que había apoyado en un trozo de anaquel vacío. Con los libros en el pecho, miré el título del siguiente. *De syllogismo hypothetico* al lado del *De syllogismo categorico*. Aquí está.

Siento remordimiento por la carta de ese obispo de Corinto. Vuelvo por él como el padre del Hijo Pródigo. No, no

debe haber libros descolocados. Más tarde hojearé el fascículo y descansará donde deba.

Hacia dos generaciones el rector Pedro de Auvernia y el consejo de la universidad habían decidido construir una biblioteca que fuera la mayor acumulación de saber de toda la cristiandad. Y en tal empresa se afanaron todas las scholas y colegios, contribuyendo con parte de sus rentas durante casi ochenta años. Y cuando digo que se afanaron con empeño me estoy refiriendo a un esfuerzo de miles de ducados borgoñones por año. No, no exagero cuando ensalzo el prodigio de acumulación de saber que es este orgullo de biblioteca. Cuando yo llegué, contaba con dos millares de ejemplares. Pesados volúmenes que contienen la ciencia sagrada, opúsculos para que los médicos conozcan los mecanismos de las entrañas, folios que guardan la filosofía de los griegos que fue explicada de palabra en lejanas plazas, plazas que ya no existen. Columnas que desgranar los cánones eclesiásticos y columnas que exponen las leyes seculares. Yo me muevo entre autores infieles, catalogo los escritos de los santos antiguos, decido dónde se colocarán los temas menores. Una obrita de *physica* llega y dispongo que se quedará en un determinado armario, en la segunda balda. Allí puede permanecer hasta que mueran mis nietos.

Para mí esto es el paraíso. Ahora paso al lado de los libros que tratan de cronologías. Más adelante están los para mí incomprendibles que versan sobre las operaciones del saber matemático. Aquí, el intrincado *Libro de los círculos*, de Herman de Carintia; aquí, el enmarañado *Libro de los cuadrados*, uno de Leonardo Pisano. Fray Matías me explicó que este último se refería a los números cuadrados, sea lo que sea tal cosa. Aquí veo uno que me dijeron que era de un mahometano. Hace años lo hojeé, sus explicaciones —de las que nada entiendo— aparecen en latín. Está lleno de ángulos, y, al lado de estos, sus números están mezclados con letras.

Paso ahora al lado de los libros sobre las jerarquías del cielo y de la tierra. Arriba, los de las bestias y los pájaros. Todo ordenado. Todo en su sitio. Y yo soy guardián de este orden.

Otros cuidan de sus vacas y sus gallinas, de sus nabos y remolachas, yo cuido de ellos.

El edificio bibliotecario, diseñado por el maestro de Font Gombauld, es una cuadrilátera construcción (de cuatro lados) que cuenta con cuatro niveles de altura y treinta pasos de lado. Todo el mundo la llama «la Torre», porque originalmente el arquitecto defendió esa original idea ante el consejo de la Sorbona. Una torre de siete niveles y treinta y tres pasos de altura. Aquello hubiera sido el lugar menos práctico del mundo como biblioteca. En las deliberaciones, el proyecto fue perdiendo altura. Pero, curiosamente, él la siguió llamando «la Torre», y entre los trabajadores pervivió el nombre.

Cada lado simboliza un costado del Edificio del Conocimiento. El flanco que mira *ad orientem* tiene en sus armarios los libros referentes a la *sacra theologia*; de esas tierras judaicas nos ha provenido la salvación, la luz y las proféticas enseñanzas. Así que era natural que la sección de la ciencia sacra estuviera dirigida a ese lado de la biblioteca, hacia el monte do se nos hizo ganancia de la redención y do se nos retiró el velo que cubría a todos los pueblos, como afirma el profeta Isaías. Eso sin contar que por oriente surge el astro rey, símbolo de la divina fuente del conocimiento que con su luz ilumina todas las cosas que se hayan sobre la faz de la tierra. Pues no debemos olvidar que el saber es siempre como una especie de iluminación, y la ignorancia de las cosas es como una semejanza de tiniebla.

En el lado occidental de la Torre reposan los libros de filosofía. Dentro de la edificación, los libros filosóficos debían estar simétricamente en el lado de enfrente, dados los muchos puntos de unión entre una ciencia y la otra. Además, si de oriente los profetas, de occidente los filósofos.

En el lado austral se sitúan los libros *de re humana*, los libros concernientes a cosas humanas. Allí se ubica la medicina, las crónicas, las recopilaciones de fueros y leyes, y todo aquello que hace referencia al hombre o a las cosas creadas por el hombre.

En el lado septentrional se acumulan los títulos relativos a la física, todas aquellas obras acerca de los fenómenos de

TV QUIES
IN TE NOBIS
IGNOTVS
MISERERE
NOBIS.

la tierra, del firmamento, acerca del mundo y de las cosas que se contienen o se han contenido en él o sobre él. Cuántos buenos ratos he pasado hojeando sus códices sobre selvas de tierras desconocidas, sobre las costumbres de los animales domésticos, sobre montañas a las que nunca subiré, sobre mares de los que solo tenemos su nombre.

Fray Abilio me preguntó por qué al sur lo humano. «Pues porque al norte está el frío, el cielo gris —le contesté—. El ser humano, hijo de Dios, es más noble, está “más caliente”, por eso en la biblioteca las cosas humanas están en ese lado». Los minerales, los vegetales, todo lo no humano merece estar en el lado septentrional.

En un principio, los libros sobre ganados y vivientes de sangre caliente estaban situados en el lado austral de la biblioteca. Pero como todo lo humano produce muchos libros, todo lo que no fuera humano pasó al lado septentrional. Además, así era más fácil encontrarlo.

Miro con placer el armario que contiene veinte libros de zoología. Allí he pasado momentos deliciosos, de pie, apoyando el libro sobre el borde de una balda del armario, como quien no quiere sentarse, como quien rehúsa a quedarse más allá de un instante. He hurtado momentos deliciosos a mis labores admirando, con mis ojos fascinados, ilustraciones acerca de las plantas subterráneas, acerca de pájaros de alas rojas que vuelan a alturas que van más allá de las águilas, de montañas que parecen tocar el techo del cielo o que quizá lo rozan, de aguas profundas increíblemente puras.

No puedo dejar de citar sin admiración la fabulosa catalogación que hace treinta años hizo de toda la zoología el ilustre y venerable Giorgio Luigi di Borgo en su *Emporio celestial*. Pero bueno, a lo que iba, el monumental edificio de esta biblioteca de planta cuadrada (símbolo del orden y el equilibrio) está dividido en cuatro partes como he dicho: dos referidas a las ciencias conceptuales y dos referidas a las ciencias de cosas concretas. La teología sobre la filosofía, y el hombre sobre la *physica*.

Como las regiones meridionales son más agradables que las gélidas tierras septentrionales, así también las ciencias hu-

manas deben estar por encima de las físicas, pues el hombre es más noble y en él brilla una luz divina de la que carecen las cosas de este cosmos. Por eso la faz norte y la sur de la biblioteca están dispuestas según este orden y jerarquía.

Alrededor del edificio y pegadas a aquese hay siete torrecillas estrechas. Estas torrecillas, estos anexos, no son de grandes dimensiones. Todas rondan entre catorce y veinte codos de altura, es decir, que en su interior solo hay dos niveles. En ellas hállanse los libros del trivium y el quatrivium. Resulta muy cómodo tenerlos en esos apartados porque son libros de mucho uso. Para los frailes esas siete torrecillas tienen un segundo significado: representaban las cuatro virtudes cardinales y las tres teológicas. El maestro de Font Gombauld fue un genio. Era difícil concebir con más inteligencia un edificio destinado a contener el conocimiento.

Además, ideó la Torre con un patio de luces que baña de claridad la mayor parte de las estancias interiores. La idea original del arquitecto había sido que el patio de luces comenzara en el último piso con un claustro de nueve lados, y que en el piso inferior el claustro fuese un octógono. Y así, a cada nivel que descendiéramos, que el claustro tuviera un lado menos. Hasta que en el piso más bajo, el claustro tuviera forma de triángulo. Magistralmente, había ideado que la construcción en su interior comenzara en su base con un símbolo de la Santísima Trinidad y fuera coronada con otro símbolo trinitario simbolizado en el número nueve.

Pero, aunque se conserva un pliego con un esquema de esta idea, los que le contrataron se negaron en redondo. La luz en el piso inferior hubiera sido mínima. Había que sacrificar la originalidad de la idea a la necesidad de luz: el claustro debía ser amplio y no irse cerrando conforme descendía. Aun así, aunque el patio forma un claustro cuadrado, se le permitió dar al último piso forma de octógono. Pero con ángulos muy poco pronunciados, muy pequeños. Para no quitar luz abajo, esos cuatro lados pequeños de las esquinas se retranquean un poco.

Mas no hay que creer que esta edificación es alta y esbelta como la torre de aquesta ciudad por la que juran los no-

bles el homenaje a nuestro monarca. Sí, justo es decir que nuestro edificio no es precisamente el gran torreón del Louvre. Y aunque tiene el nombre de Torre, posee un aspecto nada gracioso. Sin todos los anexos que las generaciones le han añadido a sus muros, quizá hubiera tenido un aspecto más de torre. Pero ahora ofrece el aire de una construcción pesada.

Algunos también le echaron en cara al maestro constructor que los techos de cada nivel solo levantan dos palmos de las testas de los que transitamos por sus estancias. Eso y los gruesos muros de la ancha construcción le dan un aspecto casi fortificado. A mí, el lugar me embelesa.



Había dejado arriba el libro que llevaba entre manos, uno que contenía las epístolas de cierto obispo inglés sobre el sacrificio de los ázimos y fermentados. Ahora bajaba por la escalera de san Benito. Esta escalera corre alrededor del patio de luces y se va estrechando conforme uno va descendiendo. Íbase estrechando ya que en la base los muros eran más anchos, pues sostenían a los sobreclaustros superiores.

El canciller Guillermo le dio el nombre del santo de Nursia a esta escalera en honor de la célebre escala de los grados de humildad que describe el santo fundador en su regla. *Scientia inflat*, como nos enseña el apóstol. Por eso aquel canciller quiso llamar así a la escalera central. Un mayor conocimiento debe llevar a una mayor modestia. Este canciller incluso pidió que cada vez que se subiera por ese lugar se recitara un breve versículo que hizo inscribir en el muro donde parten sus peldaños: «Desde lo hondo a ti clamo, Señor». Aunque nadie la reza desde hace medio siglo, a veces yo sí.

Por si fuera poco todo este despliegue de buen hacer en el oficio arquitectónico, el constructor había ideado un sistema de recogida de aguas pluviales que hace que en los días de lluvia cuatro gárgolas (alineadas en un lado del patio interior) desagüen sobre un enlosado que canaliza el agua dentro de un

pequeño depósito subterráneo. Esa cisterna está situada en el centro del claustro del primer nivel. A través de un pozo se puede sacar agua no buena para beber, pero con la que nos limpiamos las manos y nos refrescamos la cara y la nuca en verano.

Este depósito en el centro es símbolo de que la ciencia es un pozo do saciamos nuestra sed. En torno de ese pozo, como está en la parte más interna del patio, crece la hiedra, vigorosa y siempre con un verdor fresco, salvo en otoño, que se torna de un rojo intenso. Después las hojas caen, para volver a brotar con ímpetu en primavera, con un color verde muy especial, el color de las hojas que retoñan. Trabajamos en torno a un símbolo: la hiedra nos recuerda la vida que se aferra a este edificio donde se almacena el conocimiento.

En la alborada de no pocas mañanas de invierno, de las fauces abiertas de las cuatro gárgolas caen finos hilillos de agua que provienen del rocío de la noche, que resbala por los tejados de pizarra. Este lugar es un placer para los ojos y una delectación para la mente.

De nuevo, bajo a la sala de lectura. Hago un gesto de saludo a Ambrosio, como diciéndole en silencio: «Ya estoy aquí». Él es el que vigila a los lectores cuando subo a devolver los títulos a sus sitios. Los lectores son peligrosos. No se les puede dejar a solas con los volúmenes.

Tomo unos pocos libros y me interno, de nuevo, en las entrañas de la Torre. Los mineros se adentran en las profundidades de la tierra. Yo, en los interiores de esta construcción. Atareado en mi tranquila y pacífica labor, reconozco que para mi puesto se necesita no solo conocimiento, sino también un corazón de hierro. Pues hay que subir escaleras cargado, como mínimo, con tres o cuatro libros. Aunque eso pocas veces hay que hacerlo, ya que cuando devuelven un libro se les pregunta si lo van a leer al día siguiente. En cuyo caso, se deja en una amplia y recia mesa de madera oscura al cuidado del que vigila la sala. Esta mesa está situada a su izquierda, con una especie de mostrador de madera que hace de valla para que nadie pueda acceder a esos libros. Por otra parte, las obras que más se usan se hallan en el nivel inferior de las siete torrecillas. De

manera que no hay que subir ni un solo peldaño para atender la mayoría de las peticiones. Si bien, cuatro o seis veces al día sí que hay que ascender por la escalera de san Benito.

Con estos últimos libros que estoy colocando en sus sitios, la sala de lectura queda vacía de obras que hayan de ser regresadas a sus lugares en la Torre. Este libro va aquí: el opúsculo *Sobre los simoníacos*, junto a la *Vida de Hilario*, de Honorato de Marsella. Me quedan entre las manos tres obritas muy pequeñas, delgadas como fascículos. Me pregunto qué Hilario sería el del libro que he dejado atrás. ¿San Hilario Abad? ¿San Hilario de Poitiers? ¿Tal vez Hilario de Arlés, la egregia pluma del *Elogio de San Honorato*? Mientras, dejo en otro lugar del estante las *Subanotaciones acerca de las palabras de Juliano*. Ya solo me queda el *Conmonitorio sobre lo celestial* y el *Índice de cosas*. Este último de autor incierto, y de contenido todavía más incierto. Y que, de momento —un momento que ya duraba dos años— estaba colocado entre dos compañeros tan raros como la *Cronografía de Psellos* y el libro titulado *Sobre los efectos del sol*, de un tal Gaufredo.



El edificio, la Torre, es, por así decirlo, no solo un arcón de códices; no es solo un vasto recorrido de armarios: es como si conformase un gran libro. Como la veo yo, la biblioteca es biblioteca y libro a la vez, tal fue el gran ingenio de los que encargaron la obra. Ingenio secundado por el arquitecto, que ya sobradamente lo había mostrado erigiendo obras magnas en la abadía normanda de Font Gombauld, cuyo sobrenombre (el de ese monasterio) llevó con orgullo en los años siguientes. Esta construcción universitaria es más menguada, sí, pero también más propicia para mostrar el propio talento, pues su tamaño reducido era más adecuado para llevar a cabo este tipo de artificios. Es decir, al haber menos cantidad, pudo dedicarse más a la calidad. Aunque también hay que reconocer que fuera del simbolismo de siete u ocho elementos, de su sistema de reco-

Nos hiciste,
Señor, para
ti y nuestro
corazón está
inquieto hasta
que descansa
en ti. S. Ag.



gida de agua y de la cisterna para el pozo central, tampoco es que la construcción parisina tenga mucho más. Por lo menos no tenía más en el momento de su erección, porque en los reinados siguientes se le añadieron las siete torrecillas que mejoraron mucho su aspecto. Aunque algunos piensan que más bien lo acabaron de arruinar.

Esas torrecillas, más bajas que el edificio central, y coronadas por techos de diversas trazas, ciertamente le confirieron un aspecto rechoncho a la construcción, un aspecto de pequeña fortaleza en decadencia, de caserón ampliado hasta la saciedad, hasta no poder más. Quizá esto se deba más que nada a sus muros de aspecto remendado y recosido: en parte, de sólidos sillares; en parte, con pequeñas construcciones adosadas de ladrillo; en parte, con algunos trozos incluso de canto rodado formando paños entre vigas de madera a cara vista. La historia de sus ampliaciones está escrita con las distintas calidades de muros.

Cuando a los familiares lejanos les describo esta Torre, reconozco lo mal que hago esta tarea. Las cosas que han sido hechas para ser vistas malamente se describen con la cortedad y ceguera de las palabras. Aunque también leyendo vemos que aún hay cosas que solo pueden ser vistas con los ojos de la mente.

Pero con sus remiendos constructivos, con sus humedades y deterioros este es para nosotros, los operarios de la universidad, el edificio que simboliza la ciencia que ha acumulado el hombre en el devenir de las generaciones. El saber del hombre acerca de Dios, acerca del mismo hombre y acerca del mundo. El conocimiento íntegro no lo poseemos, pero sí muchos escritos sobre lo que ha existido, lo que existe, lo que sabemos por las infalibles profecías de la *Sacra Scriptura* que será, y lo que con la luz de nuestro intelecto conocemos que puede ser; los hechos acaecidos y las matemáticas, la geometría de los números y la de los conceptos, la arquitectura de las ideas. Parte de la ciencia de todos los hombres esparcidos por toda la historia desde la creación del mundo concentrada en un solo punto: la biblioteca de la universidad más preclara de la cristiandad. Ciertamente en nuestros anaqueles no descansa todo el saber, pero aquí sí que conservamos los restos del naufragio

del imperio pretérito y los depósitos de lo que las mentes conocen de las cosas que componen el presente.

Aquí hay obras de griegos exquisitos, de moros que anduvieron sobre tierras ardientes, de capadocios y alejandrinos, de monjes teutones de lluviosas y nivosas tierras, de los santos de todos los reynos y de los pecadores romanos e infieles y heresiarcas de todas las épocas. Porque, justo es decirlo, la virtud y el pecado aquí se codean. Junto a todas las místicas vidas de los santos ascetas, aquí están los pecados espirituales de Arrio o los carnales de Ovidio, que Dios perdone su *Ars Amatoria*. Aunque mejor pecar con la carne que contra una de las dos naturalezas de la hipóstasis del Verbo Encarnado. Ciertamente, hay mal también en esta Torre. Estos muros lo contienen. Estos armarios lo conservan y lo reprimen. Aunque en una biblioteca debe haber más virtud que malicia, porque la biblioteca ha de ser el silo de la virtud tanto como de la ciencia.

El caso es que esta Torre, con su hiedra rojo-otoñal y su pozo de agua fresca en verano, es única en el mundo; porque sí, ya es hora de decirlo claramente y con orgullo: esta edificación contiene mil trescientos volúmenes grandes, trescientos cuarenta son pequeñas encuadernaciones (los «benjamines», los benjamines de la tribu de Jacob, como los llamamos en nuestro lenguaje de trabajadores de la biblioteca). El resto son de tamaño medio. Casi dos mil. A unos los llamamos los «benjamines», a los grandes, los «potentes», y a los medios, los «carolos». El nombre remonta su origen a alguien que trabajaba en la biblioteca y que un buen día comentó que aquellos libros medianos eran como el monarca Carlos III, que pasó sin pena ni gloria. La comparación tampoco era muy ingeniosa que digamos. Tampoco nadie supo si era justa, pero tuvo fortuna. Hizo tanta gracia a los que allí trabajaban que los libros intermedios halláronse bautizados definitiva e inmisericordemente desde aquel día con el nombre del monarca, mas no para su honra.

El número total de libros nunca es seguro, porque uno no puede fiarse de los estudiantes. Los zafios inquilinos de los colegios, en realidad truhanes, son legión. No por pagar las tasas de la matrícula ya por eso uno obtiene el título de amante

del conocimiento. Estudian, sí, algo, pero no pocos también a la vez se ganan algunos reales de plata como fechiceros, adivinantes, doctos en oraciones para sacar almas del purgatorio, liberales en recetas para salvaguardar del pedrisco. Hacen todo eso y mucho más.

Estoy harto de ver a tantos pendencieros de mal vivir. Ser estudiante ya no es lo que era. Pero a pesar de que la biblioteca padece a esos malditos hurtadores de libros, que el diablo los lleve, hemos alcanzado ya la redonda cifra quasicuaternaria de los millares de títulos. Sé que es una cifra tan formidable que es casi difícil de creer. ¡Más de tres mil libros! Pero doy fe de que es así. 3.740 para ser exacto. Un día hice la cuenta. Ese día contábamos con ese número; ni uno más ni uno menos. 3.740 objetos que nos hablaban. 3.740 odres de palabras encerradas. Quizá me emociono ante el pensamiento de ser parte de la más opulenta, amplia y variada biblioteca de la cristiandad. Quizá a veces la soberbia me puede. Pero es una, si no santa, por lo menos no muy mala soberbia.

El caso es que toda biblioteca debe contar con un bibliotecario, como un castillo cuenta con soldados. Cuando uno tiene pocos libros en su casa enseguida los encuentra. Pero cuando una biblioteca va creciendo y en la sala de lectura hay sentadas un centenar de personas, se precisa de alguien que se encargue tan solo de la tarea de conocer dónde se hallan los libros. Saber dónde se guardan ha menester también conocer de qué versan. Porque, de pronto, viene un catedrático orondo y nos dice hallarse interesado en saber si hay algo acerca de la circulación sanguínea, o acerca de las aguas medicinales, y, claro, hay que saber dónde buscar.

Se nos pide de todo: libros sobre demonios, sobre el apocalipsis, tratados de vida clerical...; este nos pregunta si hay algo acerca de la catedral de san Agustín, el otro, sobre la extremaunción. Este quiere saber acerca de los unicornios, el otro, acerca de los embalsamados. Uno pregunta si hay algún escrito que verse de los predicamentos de Aristóteles. Este quiere conocer todos los títulos de geometría, el otro si hay algo acerca de las sirenas.

Esta labor de catalogar lo que se halla en el edificio y atender las peticiones nos la han encomendado a cinco personas. Somos quienes transportamos los libros y nos encargamos de la conservación de nuestros pequeños tesoros de letras y líneas. Conservamos, movemos, amén de ir actualizando poco a poco el inacabable *index generalis*. Con los años y el roce, a los libros los consideramos nuestros.

TV QUIES
TVVM ESSE
ET TVA ES
SENTIA,
MISERERE

Somos meros, digamos, administradores, meros depositarios, conservadores, pero acabas cuidándolos con afecto, con preocupación. Hubo quien repitió con tanta candidez como terquedad que los bibliotecarios debían ser un benedictino, un cisterciense, un dominico, un franciscano y un clérigo secular. La propuesta no tuvo éxito.

Nominalmente, hay diez bibliotecarios. Pero seis de ellos ostentan el título como un honor, no como un trabajo. Cuatro somos los que nos encargamos de todo. Ahora hay un canónigo de Notre Dame que tiene el cargo de bibliotecario de esta universidad, pero al que apenas he saludado siete veces. Él y yo somos los dos bibliotecarios mayores, los demás tienen el rango de bibliotecarios menores. Dos estudiantes nos ayudan a ratos sueltos, con el rango de ayudantes. Salen muy baratos, hacen esto para ganarse un dinerillo. Les encargo, sobre todo, que reparen encuadernaciones. El que sabe tanto como yo y está todos los días aquí es fray Ambrosio. Algún día él tendrá el manojito de llaves de las puertas y el de los pesados armarios que siempre deben estar cerrados.

Cuando mi asistente y yo acabemos el gran índice, cuando completo y encuadernado podamos colocarlo en su sitio —ya le hemos buscado un lugar—, será el mayor índice que hayan visto nunca las gentes: el índice del universo saber humano. Hemos dejado partes en blanco para ir añadiendo los títulos de las nuevas obras que seguirán llegando. Pero ese libro físico tardará mucho en llenarse. Mucho tiene que llegar para que no haya espacio en sus grandes hojas con amplios márgenes.

En mi camino de retorno hacia abajo, he recogido el *Cántico sobre los ingratos* y el *Cudripartito ejercicio de la celda*,

que me habían pedido dos profesores. La escalera lateral de un extremo del edificio ya está muy deteriorada y cruje, es estrecha y solo tiene peldaños de piedra en el primer nivel. Después de un rellano con dos arcos, continúa con sus viejos peldaños, de una madera cada vez más cansada, cada vez más quejumbrosa. El edificio, además de la gran escalera central, cuenta con tres escalerillas laterales que unen el piso II con el III en la cara norte, el I y el II en el lado oeste, y el III y el IV en una esquina.

Miro un haz de luz clarísima que entra en una zona mal iluminada de la Torre. Me detengo a mirar ese haz de luz. Es tan clara que cada mota de polvo resplandece como una estrella que flota en el aire.

Otra vez llego a la sala de lectura. Unos quince lectores alineados en el muro oriental, aprovechando la luz que entra por los ventanales geminados, se inclinan estudiosos sobre sus libros. Desde el puesto del vigilante de la sala, veo solo sus espaldas, también sus tonsuras. Se escucha una breve tos. Dejo los dos libros sobre la mesa y le digo a mi ayudante:

—Estos se quedan aquí. Vendrán mañana a por ellos.

—¿Fray Alain? —preguntó al coger el segundo y ver su título.

—Ajá.

—Muy interesado se halla en estos asuntos. Hay quien dice que está pensando en hacerse cartujo.

—Mejor, así nos dejará tranquilos.

La sala de lectura tiene lo que se llama la «sala de espera». Se trata de un cuartucho sin ventanas donde a duras penas pueden estar tres hombres de pie. Al acabar cada jornada, se meten allí los libros que se van a seguir leyendo al día siguiente. El cuarto está adjunto a la mesa del guardián de la sala de lectura. El portón que la cierra con llave es grueso y tiene bandas de fierro con remaches en su parte de fuera.

La sala de lectura también se cierra, pero todas las precauciones son pocas. Por supuesto que ninguno de los profesores puede sacar libros fuera de la sala. Incluso el mismo rector (al que no afecta prohibición alguna), cuando tiene que leer algo viene, se sienta, lee, toma sus anotaciones y después devuel-

ve la obra. El rector no entra a la biblioteca, salvo muy raras excepciones. Entre otras cosas, porque no sabe dónde están los libros. Cuando necesita algo, nos pregunta y nosotros vamos a por ello. Como el señor de un condado que cuando quiere algo pregunta a los pastores, y ellos le traen un queso o frambuesas sin necesidad de que él tenga que meterse por valles y hondonadas. La biblioteca es nuestro reyno. De hecho, ni monarcas ni rectores hollan los caminos de nuestras tierras.

El bibliotecario es el encargado también de ciertos gastos, tales como las velas de la sala de lectura que se usan los días que no hay luz, así como la cola, el cuero y la madera necesitados para las reparaciones. Sin olvidar que cada varios años hay siempre que arreglar algún mueble, alguna llave.

Sin embargo, el *scriptorium*, que está situado en los dos últimos niveles de la Torre, es otro mundo, un mundo en el que el bibliotecario nada tiene que ver. Está regido por el arrogante Aymerick de Annecy. Me parece mentira que a sus treinta y cinco años pueda haber tanta pretenciosidad en ese cuerpo. Los gastos de esos ocho copistas, sus sueldos, los frutos de su trabajo —pues copian libros para las facultades de otras ciudades y cobran por ello—, todas esas cosas, en nada dependen de mí, sino directamente del canciller.

Hace veinte años se adosó a la Torre de la biblioteca un estrecho edificio de planta rectangular. En principio, una iba a ser la biblioteca y el otro, el *scriptorium*. Pero el jefe de copistas propuso que nosotros ocupásemos la primera planta de su edificio para los libros que más usásemos y así no tendríamos que subir y bajar tantas veces por las escaleras. Ellos, a cambio, ocuparían la mitad del tercer piso de la biblioteca. Los bibliotecarios se dividieron, pero era cierto que se ahorraban varias subidas al día. Sin embargo, con el pasar de los lustros, los copistas se apropiaron (con autorización de las autoridades) de la mitad del último piso de la biblioteca. Algo que muchos ya vaticinaron que iba a suceder.

Así que la biblioteca está compartimentada en sus dos últimos pisos con un muro que la divide. Desde el piso inferior, ni siquiera nosotros podemos entrar a su parte del tercer piso.

El único modo de acceder es subir al último piso y descender por la escalera de san Simeón. Aunque a la terraza se puede acceder tanto desde el *scriptorium* como desde el cuarto nivel. De ahí que esta biblioteca se ha convertido en un pequeño laberinto. Nadie lo pretendió, pero entre todos hemos urdido estos corredores del minotauro.

La mitad de los copistas son frailes. Usan su parte del último piso de la biblioteca como almacén. También hay allí un reservado para sus necesidades. Algunos dicen que es muy bonito pensar que, en la Torre, el *scriptorium* está en la cabeza. Como si ellos pensarán más que los de abajo. Esa comparación le encanta a fray Aymerick. Cuando le oigo, pienso: «Sí, majete, en la cúspide de la Torre hállase la cabeza y el culo».

Solo hay ocho copistas permanentes, porque se compra cada vez más a las abadías. Sobre todo, los cistercienses son muy buenos. Tan buenos que provocan el pecado de la envidia en nuestra plantilla de fijos. Mientras copian sus tratados sobre la virtud, pecan de celos. Pero si con ellos hay envidiejas, con los bibliotecarios hay rivalidad. Esta viene de muy lejos. A esos pequeños conflictos se añade la diferencia de pagas. Agravada esta diferencia por el hecho de que ellos se consideran unos creadores y a nosotros nos califican poco menos que de mozos de cuerda. Bien sabemos que nos llaman los «acarreadores».

Uno de estos sabios del último piso me comentó el otro día, malicioso, lleno de ironía, que no me diera tantos aires con lo del índice, que la biblioteca alejandrina albergó más volúmenes, claro que no me supo precisar cuántos. Estos sabios de andar por casa tienen muy magnificada la edad de los romanos antiguos. Mas a buen seguro que la tal biblioteca anda muy inflada en la consideración que se tiene de ella. Y para mí tengo por cierto que en Alejandría ni hubo tanta biblioteca como cuentan ni fueron tantos los rollos que contuvo. Ni tanta, ni tantos. Cuando las cosas desaparecen, siempre son más grandes en el recuerdo. Pero, en fin, que el presente no requiere de rebajar el pasado para brillar con la luz que se merece. Como trabajan con plumas, los llamamos los «tordos», los tordos de la azotea.

Nosotros, los bibliotecarios de esta universidad, no somos meros porteadores, pues ocupamos más tiempo de nuestra jornada en la encuadernación y conservación que en atender peticiones. «Médicos de los volúmenes» nos llama cariñosamente fray Pierre de Fontfroide, con su voz aterciopelada, cada vez que pasa próximo a nuestras mesas cubiertas de abundante instrumental. Médico de los libros, siempre he rumiado este calificativo.

Me gustó mucho aquel modo en que nos llamó. El alegre y jocoso fray Pierre pasó y mis ojos volvieron al muy usado *Órganon* del Estagirita que tenía sobre la mesa, bastante desencuadernado, necesitando además una cantonera nueva. Allí estaban esas indefensas páginas, viejas, pero conteniendo todavía sus tratados de lógica. El indefenso libro aparecía rodeado de los varios filos de mis instrumentos, de mis mazas para machacar, de mis colas y prensas. Médico de los libros, resonaba en las estancias de mi mente.

El tema es el comienzo de la conversión. S. Agustín.